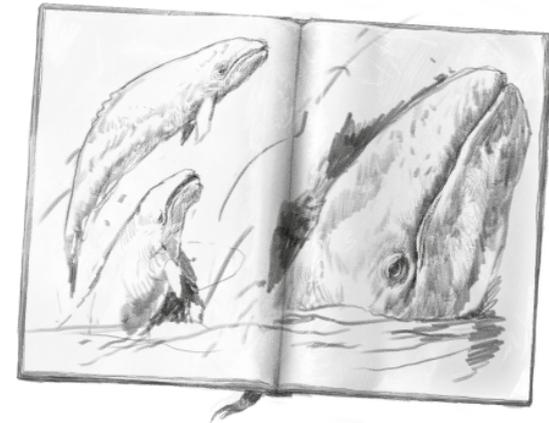




LA BALLENA PERDIDA

LA BALLENA PERDIDA

HANNAH GOLD



Ilustrado por Levi Pinfold
Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones



A Chris, mi océano y mi mundo

Título original: *The Lost Whale*

Maquetación: Endoradisseny

© 2022, del texto, Hannah Gold

© 2022, de las ilustraciones del interior y de la cubierta, Levi Pinfold

© 2023, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Traducido gracias al acuerdo con Harper Collins Publishers Ltd.

El autor hace valer los derechos morales que lo reconocen como el autor de este libro.

ISBN: 978-84-19521-36-1

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 23008-2022

Primera edición: enero de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



CAPÍTULO UNO

Llegada

LO PRIMERO EN QUE SE FIJÓ Rio Turner al entrar en la sala de llegadas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles fue en el ruido. Los aeropuertos nunca son lugares tranquilos, y aquel monstruo gigantesco y en constante movimiento era como un estadio de fútbol con todos los aficionados rugiendo.

Lo segundo en que se fijó fue en su abuela.

Aunque habían pasado cinco años desde la última vez que la había visto, Rio la reconoció de inmediato. Era la más alta de entre toda la gente, con una sudadera turquesa brillante, gruesas gafas de pasta negras y una mata de pelo blanco como púas.

La mujer tardó unos instantes en reconocerlo.

—¿Rio? —le dijo—. Eres tú, ¿verdad? —Se detuvo frente a él—. Apenas te he reconocido. Estás tan...

No acabó la frase, y él se preguntó qué era lo que iba a decir. Fuese lo que fuese, no pensaba preguntárselo. Se limitó a cruzarse de brazos en un gesto defensivo.

—Has conseguido llegar —dijo ella apresuradamente, con los ojos repletos de algo que Rio no supo reconocer—. ¡Me alegro tanto de que hayas venido...!

Y entonces lo envolvió en un abrazo. No era el tipo de abrazos al que él estaba acostumbrado, este fue profundo, cálido, apretado, todo ángulos rectos y codos punzantes, y olía a menta. Rio contó hasta tres antes de verse incapaz de soportarlo y apartarse de golpe.



—Rio —siguió ella como dudando, con dos brillantes puntos de color en las mejillas—. Ha pasado mucho tiempo, y sé que ahora todo esto debe de parecerse muy raro, pero quiero que te sientas como en casa mientras estés conmigo. A fin de cuentas, soy tu abuela.

Él, que se había quedado mirando al suelo durante la última parte del monólogo, alzó la vista de nuevo, sorprendido. La mujer le había enviado tarjetas de cumpleaños y de Navidad en nombre de «la abuela», pero nadie parecía menos una abuela de verdad. Al menos, no comparada con la otra, que llevaba pantuflas gruesas con suela de goma y a la que le gustaba llamarlo «patito» por mucho que, la última vez que él había mirado, no le habían salido pico y plumas. No, esa persona no parecía una abuela en absoluto, y decidió en silencio que la llamaría por su nombre de pila, Fran.

Al ver que el niño no respondía, ella se frotó las manos, aunque no hacía frío.

—Bueno, supongo que será mejor ponernos en marcha.

Rio rechazó su oferta de llevarle la maleta —era perfectamente capaz de hacerlo él mismo— y la siguió hacia la salida, donde, en la zona de aparcamiento, se detuvo junto a un cuatro por cuatro cubierto por una gruesa capa de polvo.

Se subió al asiento del acompañante, se ciñó el cinturón de seguridad y se mordió el labio, intentando ignorar la repentina y desesperada necesidad de orinar.

Como si sintiera su incomodidad, Fran se volvió a mirarlo y pareció a punto de decirle algo, pero, de nuevo, fuese lo que fuese, murió en sus labios. Lo que hizo fue carraspear.

—Siento... lo de tu madre.

Rio notó al instante el cálido aguijonazo de las lágrimas y se frotó los ojos con furia, confiando en que ella no las hubiera visto. Para evitar más conversación se puso a mirar fijamente por la ventanilla. Tras una breve pausa, puso el motor en marcha con una enérgica vuelta a la llave y salieron.

La madre de Rio había nacido y crecido en California. Se fue por primera vez con apenas veinte años, primero a Nueva York, con una beca para estudiar música, y después, tras graduarse, como violinista en la Orquesta Filarmónica de Londres. En todo ese tiempo solo regresó una vez; se había llevado a Rio con ella cuando él era poco más que un bebé minúsculo.

Hacía tanto tiempo de eso que Rio no recordaba nada.

Pero técnicamente, y dado el lugar de nacimiento de su madre, él era medio americano. Aunque se trataba de una mitad muy pequeña, porque había estado en Londres sus once años y cuarto de vida y hablaba con un marcado acento londinense. Así, aquel lejano y exótico mundo de sol sin fin, altas y ondulantes palmeras y playas doradas siempre le había parecido un sueño. Y, la verdad, se había pasado casi todo el tiempo deseando regresar allí.

Pero no de esa forma.

Abrió la ventanilla del coche y tragó tanto aire cali-

forniano como fue capaz. Por desgracia, eso no era lo más inteligente en mitad de una autopista. Tosió y masculló al sentir la polución en los pulmones.

Así que eso era California. Todo parecía tan grande... Los coches, las señales de tráfico, los edificios. Incluso el aire, que se elevaba por encima de sus cabezas en un vasto silencio de color índigo. Como si alguien hubiese agarrado el coche y lo hubiera lanzado a un mundo lleno de gigantes. Londres era una ciudad, pero no se parecía en nada a aquello.

Su madre siempre le había dicho que California era diferente. Que era pacífica. Que su estilo le iba a gustar. Que...

Cerró la ventanilla de golpe. Ignoró los intentos de conversación de su abuela, cerró los ojos e intentó hacer como si siguiera en un universo en el que su madre no lo había enviado al otro lado del mundo para quedarse con alguien a quien apenas conocía.



CAPÍTULO DOS

Ocean Bay

EN ALGÚN MOMENTO RIO debió de quedarse dormido, porque lo siguiente que notó era que el coche estaba parado.

—Hemos llegado —le dijo su abuela—. Bienvenido a Ocean Bay.

El crepúsculo había llegado a hurtadillas, y Rio tuvo

que parpadear varias veces para asegurarse de que veía bien. El pequeño pueblo costero de Ocean Bay estaba más o menos una hora al norte de Los Ángeles, aunque tampoco era que en ese momento pudiera distinguirlo: su abuela vivía en las afueras y la luna iluminaba un enorme caserón de madera. Era un edificio de formas extrañas, con tres plantas y pintado de arriba abajo en un color verde pastel suave. Al verlo, Rio se sintió relajado de repente, como si el edificio tuviera propiedades curativas mágicas y fuese capaz de suavizar hasta los ánimos más soliviantados.

Se frotó los ojos. El piso que compartía con su madre era tan pequeño que seguramente cabrían media docena en aquella casa.

—Es bonita, ¿verdad? —murmuró Fran, con un punto de orgullo en la voz.

Pero si la casa le pareció especial, cuando Rio salió del coche el ruido le resultó totalmente nuevo. Un rugido potente, majestuoso, la clase de sonido que solo algo extraordinariamente poderoso puede producir.

Era el rugido del océano.

Y Rio, a quien no le gustaban los ruidos, descubrió para su sorpresa que aquel era diferente. Sintió cómo la fuerza de ese sonido se adentraba en su cuerpo, y notó un repentino e intenso deseo de absorber la sensación en la barriga y librarse de la apretada cinta de dolor que le oprimía el pecho.

—Tendrás mucho tiempo para explorar la playa. — Fran le hizo un gesto desde el otro lado de la puerta para que pasara—. Ahora, ven dentro.

A regañadientes, él la siguió por el ancho pasillo hasta la cocina, donde, al contrario que en su casa, no había fotos, dibujos del cole o listas de la compra pegados desordenadamente en la pared. Ni siquiera había tazas sucias o platos abandonados con galletas de jengibre a medio comer. En vez de eso, el lugar estaba lleno de muebles de frío acero que brillaban tanto que podía ver su reflejo en ellos: un niño delgado y de cara pálida con expresión desconfiada y una mata de pelo marrón ingobernable que nunca parecía bien peinado por mucho

que lo intentara. El único rastro de color era su camiseta amarilla favorita, la que su madre le había comprado por su último cumpleaños.

Tras unos momentos, Fran colocó delante de él un humeante plato de comida.

—Chili vegetal. Lo hice antes; es una receta secreta. Come.

—Gr-gr-gracias —contestó Rio. Odiaba la forma en que le temblaba la voz cuando estaba nervioso. Lo único que sabía de su abuela era que había sido directora de un colegio, que llevaba toda su vida en Ocean Bay y que tenía acento americano.

Mientras él comía, Fran no dejó de hablarle desde el otro lado de la cocina.

—He pensado que mañana podría enseñarte Ocean Bay —dijo—. Podríamos ir de compras, o... o quizá al puerto deportivo, o incluso llevarte al faro. Desde ahí arriba se tiene una vista de kilómetros y kilómetros. Es una gran vista. Aunque, si estás cansado, podríamos dar un simple paseo juntos por la playa.

Lo miró por encima de las gafas, esperando la respuesta de Rio.

Las palabras que de verdad quería decir él se le habían quedado atascadas en la garganta: que no estaba allí para divertirse o ir de compras, ni, desde luego, para pasar el tiempo con alguien que ni siquiera había formado parte de su vida cuando más la hubiese necesitado.

Por suerte, a su abuela la distrajo la entrada de un gato blanco de pelo largo con un parche de piel sobre el ojo izquierdo, y que anunció su presencia con un maullido melancólico.

—¡Aquí estás, Pirata! ¿Quieres conocer a nuestro invitado?

El gato no parecía muy interesado, pero algo en el pecho del niño se ablandó igualmente. Siempre había querido tener una mascota, aunque solo fuese un hámster, pero las reglas del apartamento lo prohibían. Se inclinó para acariciar al minino detrás de las orejas, y fue premiado con un sonoro ronroneo.

—Este es mi nieto, Rio. Ha venido desde muy lejos,

desde Londres, para pasar las vacaciones con nosotros. ¿Quieres saludarlo?

Él no supo si fue la voz tonta que había usado su abuela para hablarle a Pirata —igual que hacen los adultos con los bebés—, o el hecho de que estaba exhausto después de un vuelo de doce horas, o el acento americano de ella. Quizá fue todo junto. En cualquier caso, las palabras brotaron de su pecho antes de que pudiera detenerlas.

—¡No son unas vacaciones! ¡No he venido a divertirme! ¡Solo estoy aquí por obligación!

Fran abrió la boca y volvió a cerrarla. A Rio le pareció que iba a decir algo, pero solo le hizo un ruido a Pirata para que se bajara de la mesa, y después se puso a quitarse pelos blancos de la sudadera.

El resto de la comida transcurrió en silencio.

A la hora de irse a la cama, Rio siguió a su abuela por unas crujientes escaleras de madera, desde donde podía oír el océano a través de las paredes. Tras señalarle dónde estaba el baño principal —que tenía la ducha más

grande que había visto nunca y donde seguramente cabrían al menos dos elefantes—, lo llevó por otra escalera hasta lo más alto de la casa.

—Aquí tienes tu habitación —le dijo mientras abría la puerta.

Era un ático grande y abovedado, y los ojos de Rio se posaron de inmediato en la cama doble, mucho más grande que la enana de su casa de Londres. Había una ventana de forma rectangular oculta tras unas persianas verticales, y el lugar olía a limpio y fresco, con un mínimo toque de desinfectante.

Instintivamente decidió que aquella era una habitación pacífica. Le provocaba una sensación cálida, cómoda, familiar. Y no oyó el menor ruido de coches, autobuses o motos; solo el ir y venir del mar.

Esperaba que entonces su abuela se esfumara, por lo que le sorprendió ver que seguía allí, indecisa, en la puerta. Rio dejó su maleta sobre la cama. La abrió y se echó atrás ante el olor a jengibre que emanaba de las galletas que le había metido su madre; era un aroma

tan potente que al mezclarse con el aire casi le quitó el aliento.

—¿Sabes? Esta era su habitación.

—¡¿Qué!?! ¿Esta era la habitación de mamá?

Su abuela asintió.

—Ensayaba ahí, de pie, horas y horas con el violín. Frente a la ventana. Aún pueden verse las huellas de sus pies en los tablones.

Rio miró hacia donde ella señalaba, un trozo del suelo ligeramente oscurecido y más gastado que el resto, y donde, si miraba con atención, se distinguía la silueta de un par de pies.

Sin detenerse a pensar cruzó la habitación y colocó cuidadosamente sus propios pies encima de donde los había tenido su madre tantos años atrás. Como ella era muy pequeña, encajaban a la perfección. La madera era cálida bajo los dedos de él. Y había algo más, algo crudo y vivo. Pisando sobre las huellas de su madre, era como si sintiera la música de ella en el alma de la casa, donde había estado tantos años escondida.



Rio cerró los ojos y fue como si su madre estuviese allí con el violín apoyado en el cuello, sus ojos encendidos como...

—Siento... siento que las cosas hayan ido... como han ido —dijo Fran, dubitativa. Al oír su voz, el cuello y los hombros de Rio se endurecieron y la música desapareció de repente—. Pero está en el lugar más adecuado.

—¡Va-va-va a ponerse bien! —replicó él con rabia—. ¡Dentro de cuatro semanas volveré a mi casa y... ya verás! ¡Todo volverá a ser normal!

Fran abrió la boca para decir algo, pero pareció decidir no hacerlo.

—Bueno, duerme bien. Nos vemos por la mañana.



CAPÍTULO TRES

Mamá

HACÍA JUSTO UN MES que Rio se había enterado de que iban a enviarlo a California. Fue un martes por la noche, en diciembre. Estaba sentado con su madre en el sofá mientras veían un documental sobre los osos polares del Ártico. Compartían dos gruesas rodajas de tarta de chocolate medidas en una funda de violín vacía junto con la tetera.

—Gato Rio —le dijo ella, con tono inseguro, llamándolo por el nombre especial que le había dado porque tenías las orejas ligerísimamente puntiagudas—. Te-tengo algo que decirte.

—Mmm —contestó él sin prestar mucha atención; se preguntaba si le dejaría comerse el último bocado de la tarta a pesar de que ya había dado cuenta de casi toda la rodaja de su madre.

—Tengo que irme por un tiempo —siguió ella, en voz tan baja que Rio creyó haberla oído mal.

—¿Irte? —Se volvió hacia su madre, sorprendido. Ni recordaba la última vez que habían salido de Londres—. ¿Adónde?

La mujer se recogió un mechón de pelo rojo tras la oreja, nerviosa. Estaba alarmanamente ruborizada.

—A... un hospital.

A Rio se le cerró tanto la garganta que apenas podía respirar. La miró, horrorizado.

—¿A un hospital? ¿Q-q-qué clase de hospital?

—Uno especial. —Su madre suspiró, se apartó unas

migas de la barbilla y le explicó que algunos hospitales no se dedican a curar enfermedades físicas sino a ayudar a personas con otros problemas más... invisibles—. El médico dice que si no voy...

Rio tragó saliva. Empezó a mirar a todos lados, a todo menos a la cara de su madre, que tenía la sonrisa ladeada y los ojos demasiado brillantes.

La conversación fue a peor. Ella le dijo que Rio tendría que quedarse cuatro semanas con su abuela. No podían contar con su padre debido al nuevo bebé, y su otra abuela vivía en una habitación microscópica en una granja, así que también había que descartarla.

—¡Cuatro semanas! —exclamó él; algo le subió tan rápido por el estómago que le vinieron ganas de vomitar—. ¡Pero si tú casi ni hablas con ella!

—Eso es porque tu abuela y yo somos muy diferentes, y la última vez que nos vimos aquí... en fin, no nos pusimos de acuerdo en varias cosas.

—Entonces ¿por qué vas a mandarme con ella?

—Es el mejor sitio para ti, Gato Rio. El lugar más

sano. A veces hay que dejar de lado los desacuerdos para hacer lo correcto —dijo su madre con voz cansada—. Y además, solo será mientras... mientras me pongo buena.

Se hizo un silencio que quedó flotando en el aire, de aquellos que preceden a los Grandes Momentos. Esos eran los peores de todos, Rio lo sabía bien.

Su madre siempre había sido impredecible y voluble, a veces ligera y alegre como una flauta dulce y otras seria y dura como un redoble de batería. Rio creía que todos los adultos eran así hasta que su padre le informó de que ella era «diferente»; él intentó que definiera la palabra más exactamente, y su padre se limitó a decir que estaba mal de la cabeza.

Pero ¿qué quería decir eso?

Los períodos oscuros acostumbraban a surgir de la nada, atacaban en los momentos más inesperados y se mantenían durante días o, en el caso del último, durante meses. En esa ocasión incluso cogió la baja de la orquesta por enfermedad, cosa que nunca había hecho antes. Y, aunque el otoño había estado lleno de colores oro y bron-

ce y claros cielos azules, ella se quedaba cada día en casa, como si de repente le diera miedo el mundo de fuera.

Hasta donde Rio veía, el mundo de fuera no había cambiado.

Pero su madre sí.

Nunca sabía lo que le esperaba cuando volvía del colegio. A veces ella no estaba ni vestida, o, si lo estaba, se sentaba en el sofá con las cortinas cerradas del todo. Su pañuelo de seda preferido, de colores de pavo real, que normalmente se ponía solo para los conciertos, a menudo tenía grandes manchas de té. Últimamente en el piso había un olor agrio, como de moho; no importaba cuántas ventanas abriera él, nunca parecía irse. Rio ni recordaba la última vez que su madre había preparado una cena de verdad.

Pero ¿que lo enviara tan lejos, a California? ¿Y solo?

Echó un último vistazo a su alrededor como para absorber el entorno: miró las estanterías repletas de las biografías que a ella le gustaba leer, el inestable atril junto a la ventana, las fotos que había en la repisa y en las que

aparecían los dos, en la playa, durante el séptimo cumpleaños de él; y por fin la miró a ella. Y entonces se dio cuenta de que apenas la reconocía. Su rostro era duro, tenso y hasta daba un poco de miedo.

—Pero... ¿por qué no puedo ir contigo?

—Oh, Rio —dijo ella—. El hospital no es lugar para niños.

—¡Tú misma has dicho lo mayor que estoy!

—Demasiado mayor —replicó su madre con suavidad—. Y no debería ser así. Tendrías que estar fuera, jugando, como cualquier otro niño de once años, no encerrado aquí cuidándome.

—¡Pero a mí me gusta cuidarte! —exclamó él—. ¿Qué pasa si no quiero ir tan lejos, hasta América?

La idea de estar separado de ella le hacía sentirse como desnudo y expuesto al mundo, como si alguien le hubiese arrancado un grueso abrigo que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba puesto. Se estremeció, aunque la calefacción estaba puesta al máximo.

Ella suspiró y se frotó el puente de la nariz.

—El hospital es para adultos como yo... que necesitamos ayuda.

Rio deseaba protestar y seguir protestando hasta que su madre cambiara de idea.

Pero ella se había echado a llorar, unas lágrimas feas, horribles, que caían en su taza de té y se salían por los bordes. Y, aunque le daba miedo cuando su madre esta-



ba así, la cogió de la mano. Era una mano cálida, enca-
llecida de tanto tocar el violín, pero también era la más
suave que él conocía.

Y Rio, que nunca se había considerado muy valiente,
respiró más fuerte y más decidido que nunca en su vida.

—Vale —dijo con un hilo de voz—. Iré.



CAPÍTULO CUATRO

La llamada

RIO CREYÓ QUE LE IBA A COSTAR mucho quedarse dormi-
do, pero enseguida cayó en un sueño tan vasto y profun-
do que era como si se hubiese hundido hasta las mayores
profundidades del océano. Un paisaje lodoso, informe,
cubierto por sombras, con sonidos misteriosos que lo ro-
deaban. Cuando se despertó por fin, fue como si hubiera

hecho un viaje en submarino para regresar a la superficie.

Al ver la luz que se filtraba por las cortinas se sintió confuso. La cama era mucho más blanda que la de casa, el aire más limpio, y el ruido... aquello no sonaba a tráfico.

¡El océano Pacífico!

El mayor océano de todo el planeta, un área tan enorme que era mayor que todos los continentes juntos.

Rio saltó de la cama y corrió hasta la ventana, abrió las persianas del todo y tragó saliva.

A la luz radiante del día lleno de sol, la vista del mar resultaba impresionante, un *patchwork* de colores azul, esmeralda y turquesa con caballos blancos que danzaban como diamantes en la superficie. El agua se extendía sin final hasta fundirse con el cielo; no se distinguía dónde acababa una y comenzaba el otro. Algo suave y burbujeante empezó a circular por las venas de Rio, ahuyentando de su cuerpo los últimos restos del sueño. Y entonces, como si sintiera que algo subía por los peldaños del

suelo, miró abajo. Inmediatamente, toda aquella grata sensación se evaporó.

—Mamá —susurró con melancolía.

Cogió su móvil, aunque ella le había dicho que no podría enviarle mensajes. No porque no quisiera, sino porque al médico le parecía que lo mejor era que se desligara del todo. Pero ¿desligarse de qué? ¿De Rio? A veces, en sus momentos más oscuros, él dudaba de si no sería todo culpa suya.

En vez de usar el móvil, mamá llamaría al fijo de Fran cada domingo, a la que, dada la diferencia horaria, sería la hora del té en Londres.

Le volvió un poquito de la sensación de calidez. ¡La primera llamada era aquel mismo día!

—¡Ah, aquí estás! —Fran sonrió tentativamente a Rio al entrar en la cocina—. ¿Has dormido bien?

Él asintió y contempló el paisaje mañanero, con el aroma del café recién hecho que llenaba el aire y Pirata tumbado indolente bajo un rayo de sol.

—Así es el océano: el mejor medicamento del mundo.
—La abuela hizo una pausa—. No sé qué tomas normalmente para desayunar. Puedo hacer crepes, gofres o huevos. ¿Qué prefieres?

—Yo-yo-yo... —Y se le apagó la voz. Normalmente solo comía un bol de cereales; a veces, si no había leche, secos. Pero no le gustaba hablar de esas cosas.

—Mira, te propongo hacerlos todos y que decidas después —se ofreció Fran, que había confundido el silencio de él con indecisión.

Rio alzó las cejas. ¿Todos?

Sin esperar a la respuesta, ella cogió una sartén, se enrolló hasta los codos las mangas de la sudadera verde y empezó a sacar instrumentos de cocina de varios cajones. Entonces sonó el teléfono.

El ruido fue tan agudo y repentino que Pirata, de la sorpresa, dio un respingo.

Fran contestó y, tras decir unas palabras, le pasó el auricular a Rio, que tuvo que contenerse para no arrancárselo de la mano.

—Hola, Gato Rio —susurró su madre en el aparato.
Fran ya estaba ocupada en la otra punta de la cocina batiendo masa, así que él fue hasta la puerta trasera. Fuera, el cielo era azul brillante con una pelota amarilla colgada en lo alto, mucho más luminosa y fuerte de como se veía desde el piso de Londres. Resultaba difícil de creer que el día anterior él se hubiese despertado en mitad del invierno.

Se sentó en los escalones de la puerta y oyó cómo la voz familiar de su madre lo llenaba mientras le hablaba de su primer día en el hospital —que ella llamaba «clínica»— y de lo que había hecho. Resultaba reconfortante de la misma forma en que a veces la lluvia lo es, cuando lo que apetece es no salir, hacerse un ovillo y ver pelis.

—Ojalá estuviese allí contigo —murmuró, tragándose la bola que se le había formado en la garganta.

—Solo serán cuatro semanas —replicó ella—. Pasarán enseguida, y cuando volvamos a vernos podrás contarme todas las cosas que hayas hecho.

«¿Como cuáles?», quiso contestarle Rio.

¿Qué podría hacer en Ocean Bay durante cuatro semanas enteras? Pero, por supuesto, no le dijo eso.

—¿Cómo está tu abuela?

Él miró un segundo por la ventanita de la puerta; Fran estaba dándole la vuelta a algo en el horno. Se le ocurrieron muchas cosas que responder, pero al final eligió la más simple.

—No es como tú.

—Supongo que eso es bueno —señaló su madre con voz triste—. Gato Rio...

—¿Sí? —Él se mordió el labio, y se sintió impotente.

—Tengo que irme, pero ¿podrías hacerme un favor? Levanta el auricular al aire para que pueda oír el océano. Hace tanto que no voy... Quiero cerrar los ojos e imaginarme que estoy allí contigo.

Rio se puso en pie de inmediato. ¡Por fin algo que sí podía hacer!

—Un segundo.

Fue hacia la orilla, tanto como pudo sin perder la señal. El sonido rugiente del océano al romper las olas lle-

naba el aire como si fueran truenos.

—¿LO OYES?

Se produjo una mínima pausa. Rio acercó más el aparato a las olas que entraban y salían, llegaban y se iban.

—Sí —murmuró ella—. No puedo decirte lo feliz que me hace oírlo.

Cuando volvió a llevarse el auricular a la oreja, Rio hubiera jurado que oía sonreír a su madre.

Entonces ella soltó un gran bostezo.

—¿Mamá? —Agarró el teléfono aún más fuerte. No se sentía capaz de despedirse, aún no.

—¿Sí, Gato Rio?

—V-v-vas a ponerte mejor, ¿verdad?

Oyó un suspiro largo y profundo. No de los que muestran que estás contento, sino de los otros. Entonces le repitió que tenía que irse. Rio miró fijamente al océano, en el que vio un barco de crucero en la distancia, alejándose más y más de él.

—Adiós —susurró.

Y se quedó allí durante lo que le pareció una eterni-

dad, hasta que la puerta se abrió y salió el olor de gofres, crepes calientes y huevos fritos.

—El desayuno está listo —llamó Fran.

Pero Rio no se movió. En ese momento le hubiese resultado imposible comer nada. Se llevó las rodillas al pecho y deseó con todo su corazón volver a oír sonreír a su madre.



CAPÍTULO CINCO

La caja de las alegrías

A PESAR DEL CÁLIDO SOL CALIFORNIANO, durante los siguientes días Rio apenas salió de su habitación. Más de una vez Fran se ofreció a enseñarle Ocean Bay, pero él siempre encontraba una excusa para no ir. Quizás así ella captara por fin el mensaje.

Hasta empezó a marcar los días que pasaban en un

calendario que se dibujó él mismo. Un día menos para volver a hablar con mamá. Un día menos para regresar.

Pero el tiempo seguía pasando muy lentamente. Las noches eran lo peor. Se despertaba como si una garra le apretara la barriga, y por muchas vueltas que daba no parecía abandonarlo. A veces era una sensación tan fuerte que no podía respirar.

El jueves Rio se encontraba sobre las huellas de su madre, intentando desesperadamente sentir su presencia a través de los listones del suelo, cuando llamaron a la puerta.

—¡Toc, toc! —lo llamó Fran. Ni idea de por qué imitaba el ruido en vez de llamar de verdad. Era otra de sus molestas costumbres.

—¡Adelante! —exclamó él.

—Te he traído tu ropa limpia —dijo ella, asomando la cabeza.

Rio sabía que tendría que estarle agradecido; en Londres estaba acostumbrado a hacerse su propia colada. Pero, por alguna razón, el «gracias» se le quedó atascado

en la garganta. Cogió su camiseta amarilla y se la llevó a la cara. Le dolió sentir que ya no olía a su hogar.

Con un suspiro, Fran le dejó el resto de la ropa sobre la cama y le dedicó una de esas miradas por encima de las gafas a las que era tan aficionada. Después carraspeó sonoramente.

—Sé que no es una época fácil para ti —dijo, con las mejillas un poco enrojecidas—, pero estoy segura de que tu madre no querría que te pasases todo el rato encerrado. —Rio se estremeció. ¿Cuándo entendería Fran que él no quería hablar de su madre con nadie, y menos con ella?—. He... he pensado que esto te iba a gustar.

La oyó salir de la habitación, volver a entrar y dejar algo junto a él. Algo que hizo que el cubrecama se hundiera ligerísimamente bajo su peso. Él mantuvo la vista fija en el océano, con tanta intensidad que empezó a ver borroso. No se molestó en mirar el objeto hasta que oyó que la puerta volvía a cerrarse.

Era una caja de zapatos. ¿Por qué le había dejado allí una caja de zapatos!?

Entonces vio la pequeña etiqueta en la esquina superior derecha, con unas palabras escritas en una letra que le resultaron como un puñetazo en el corazón.

Mi caja de las alegrías

—¿Mamá? —susurró. Algo duro y frágil a la vez pareció partirse en su interior.

Pasó los dedos por la tapa. Desde que él recordaba, su madre siempre coleccionaba cosas que la hacían sonreír.

Nunca eran caras; nada de anillos de oro o detalles finos. Objetos sencillos: un billete de tren de cuando habían ido a la playa, piedrecillas con forma de corazón porque decía que los corazones hechos por la naturaleza eran los mejores, una pluma blanca del ala de un ángel y conchas en las que podía oírse el mar aunque estuviera a kilómetros y kilómetros de distancia.

Decía que coleccionaba esas cosas porque le recordaban que tenía que ser feliz.

En el momento, él no acabó de entenderlo. ¿Por qué iba a necesitar nadie que le recordaran que debía ser fe-

liz? ¡Si eso era algo tan natural como el respirar! Pero su madre le replicó que a algunos no les resultaba tan fácil ser felices como a otros. Y así, con el tiempo, a Rio le fue gustando guardarle cosas a ella. Lo que fuese con tal de que no estuviera tan triste.

Tardó un rato en abrir la caja. Primero metió los dedos bajo la tapa. Después levantó una punta con mucho cuidado antes de retirarla del todo. La caja estaba repleta con varios adornos, papeles y hasta una vieja bufanda de seda, que, al acercársela a la nariz, notó que aún tenía un ligerísimo olor a jazmín atrapado entre las fibras.

Fue sacando cada cosa una por una y dejándolas a su alrededor sobre la cama. Una vieja cartulina de notas del colegio en la que decía que Bella mostraba notables capacidades musicales para alguien de su edad. La factura de su primer violín. Varias tarjetas de cumpleaños. La carta de aceptación de la escuela de música de Nueva York. Una foto de ella en una barca, con el pelo agitado por el viento y la mayor sonrisa que Rio le había visto nunca. Un billete de barco.

En el fondo de la caja había un último objeto. Un cuaderno de tamaño A4. Sabía que a su madre le gustaba dibujar en los ratos libres: el perro salchicha de la casa de al lado, el petirrojo atrevido que a veces se posaba en la ventana de la cocina... además de incontables retratos de Rio. Pero ¿qué había dibujado de joven? Con cuidado, pasó la primera página.

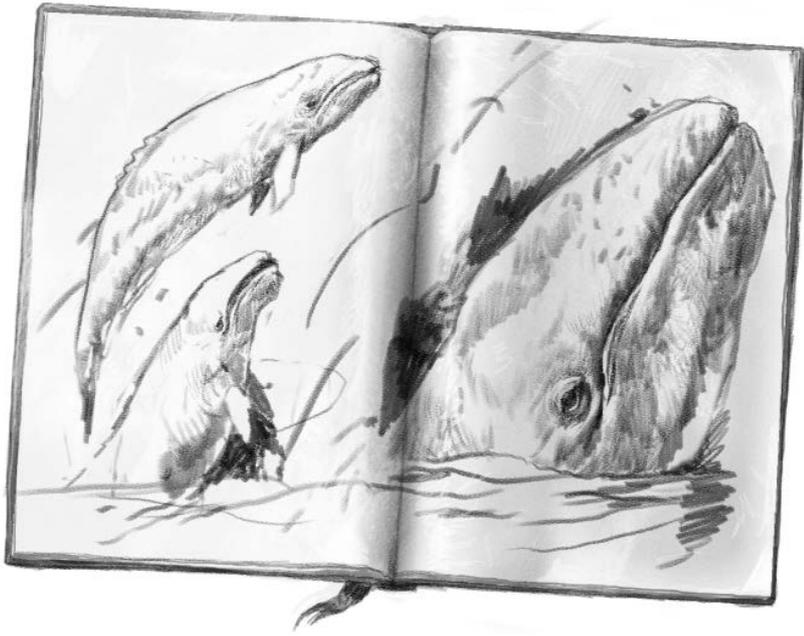
El cuaderno estaba repleto de ballenas.



CAPÍTULO SEIS

Ballenas grises

TOTALMENTE REPLETO. Una cabeza. Una cola que asoma por el océano. Agua que sale disparada de un espiráculo. Una ballena que salta en el aire. Otra flotando en la superficie. Y más dibujos de colas, saltos espectaculares, cabezas que asoman del agua. Algunos mostraban a ballenas solas y otros eran de madres con sus crías.



Rio apartó la vista y miró por la ventana hacia el océano; la superficie estaba plana y tranquila. Recordó que su madre le había hablado de las ballenas que había visto. Por lo visto las había a montones. Grandes como un campo de fútbol. Con un corazón del tamaño de un coche. Saltando cada año a lo largo de la costa californiana.

—Esta es la mejor época para ir de visita —exclamó su madre—. Las ballenas grises van a pasar por Ocean Bay durante su migración anual al sur. ¡Hasta puede que veas una tú mismo!

Aún recordaba el tono excitado en su voz, como si ver una ballena fuese, en cierta forma, lo mejor del mundo, mejor que los helados y las montañas rusas y hasta que los cumpleaños. Rio había dudado de que ver una ballena fuera tan emocionante, aunque ahora, mirando los dibujos, una extraña sensación le bajó por la columna y le provocó un ligero escalofrío.

—Eres muy bonita —susurró, tocando el papel con suavidad.

Empezó a mirar el cuaderno página por página. Todos los dibujos eran espectaculares, pero uno destacaba sobre el resto.

Estaba hecho a lápiz, y mostraba una ballena que sacaba la cabeza por entre las olas. El ojo que mostraba era tan realista que parecía que de un momento a otro fuese a parpadear. Se inclinó más para verlo mejor, y luego acercó su propio ojo tanto como pudo.

Le costó un momento darse cuenta de lo que le resultaba tan inquietante en la mirada del animal. Y entonces lo vio: no era en absoluto la de un animal salva-

je. Se sobresaltó al observar que era particularmente humana.

Iba a pasar la página cuando vio que había algo más en el borde. Unas palabras escritas. Estaban desgastadas por el tiempo, pero consiguió leerlas.

Morro blanco

Al mirar el resto del cuaderno vio que al menos diez de los dibujos eran de una misma ballena. Todos ellos hechos con el mismo amor, con la misma atención al detalle y, sobre todo, transmitiendo la misma alegría sin límites.

—¿Qué tienes de especial? —dijo en voz baja—. ¿Quién eres, Morro Blanco?

Solo había una forma de averiguarlo.

En vez de devolver el cuaderno a la caja, arrancó con cuidado la página que tenía la imagen principal de Morro Blanco y se la guardó en el bolsillo de sus shorts. Era como una cadena que le unía a su madre a través

del tiempo y del espacio; y, de alguna manera extraña e inesperada, le hacía sentir un sorprendente bienestar.

Bajó las escaleras corriendo y cruzó la cocina, tan rápido que apenas saludó a Fran antes de salir por la puerta trasera hasta donde el brillante sol de California se reflejaba en la superficie del océano con un millón de rayos de luz.

Se quitó las zapatillas y corrió por la cálida arena hasta la orilla, que estaba casi vacía, solo había un par de chicas adolescentes que cargaban con tablas de surf. Allí el sonido del océano lo ahogaba todo, incluso sus propios pensamientos. Era un golpear rítmico atronador que le llenaba los oídos, con otro ruido intercalado como de rechinar de dientes y un gorgoteo cada vez que las olas se retiraban.

Rio contempló el horizonte sin límite en el que no había nada excepto olas azules y alguna gaviota ocasional que se deslizaba por la superficie. Soltó el aliento que ni se había dado cuenta de que llevaba un rato conteniendo. En ese momento aquello no se trataba solo de un